La Emperatriz de Fuego

L.N. Morales

Capítulo 1

1

Yulia

Día 65 de Otoño, año 1542. C.A.

Mientras el anciano robusto acomodaba el kokoshnik blanco sobre su cabeza, la muchacha pelirroja se limitaba a releer las cartas de aquel con quien se casaría ese día. Esa jovencita de ojos azul indeciso era la futura heredera de Lyonya Imperial del Norte, bautizada ante la Iglesia del Rubí como Yulia Aleksandra Oryolovna Lebedeva, en cuyas venas corría la sangre de los antiguos leones de fuego, toda una descendencia de poderío y orgullo en Tronos Nuevos, el continente del otro lado del Mar Amit.

Sin embargo, el peso de sus antepasados caía abruptamente en sus débiles hombros, tenía miedo de no ser suficiente para el temido Imperio Rojo del que todos los reinos hablaban y del que las Leyendas de Reyes se vanagloriaban de nombrar como la mayor potencia de esas tierras.

Y habían pasado cuatro años desde que se comprometiera con el príncipe de la provincia de Huo, de las tierras blancas de Feinuo, durante ese tiempo no había visto siquiera una pintura de su futuro esposo. Era el trato que el Líder de Hou había impuesto, antes de conocerse los herederos debían forjar una relación intelectual ya que para los feinueses era más importante que la apariencia, hecho por el cual ellos siquiera sabían sus respectivas edades.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Vitaliy mirándola a través del espejo.

—Un p-poco—Yulia se sonrió—, ¿y si no s-soy lo que él esp-pera? —musitó contemplándose en el espejo.

—Si así fuese entonces no estarías usando este sarafán, mi niña—respondió Vitaliy con esa suave sonrisa que siempre tenía para ella.

Yulia se sonrió.

Entonces la Gran Duquesa dio un último vistazo a las cartas escritas en feinués.

“Espero encontrarnos pronto, mi luz”, decía el príncipe en su última

carta, y al leerlo Yulia sintió que se le erizó la piel.

—Es hora, Alteza—anunció Vitaliy retrocediendo.

Por lo que Yulia no tuvo otra opción que levantarse del taburete de tela blanca brocada. Las perlas que colgaban del tocado parecieron emitir un murmullo agudo, ella podía escuchar como las joyas que caían sobre su cuerpo chocaban entre sí. Ella era algo baja, tenía sólo dieciséis años, pero poseía una belleza refrescante entre los longevos rostros de la aristocracia, puesto que la lluvia de pecas que cubría sus mejillas armonizaba perfectamente con sus labios tan rosados que parecían maquillados. Además, había heredado los icónicos lunares de los Lebedev, uno debajo del ojo derecho, y el otro en el lado izquierdo del mentón.

—Vitaliy—dijo Yulia mirando al anciano, y él la contempló—, n-nunca me ab-bandones—agregó con un perfume melancólico en el rostro.

Y el anciano tan sólo suspiro, asintió con cordialidad.

Capítulo 2

2

Presa

El bullicio estalló ante el desfile de los Lebedev

En la Avenida Yaremka todos los edificios se galardonaban con el sablón imperial, desde el techo descendían lienzos como cascadas negras, con el león coronado bordado en hilo de oro y ojos de rubí.

Y Yulia, desde su carruaje blanco descubierto, podía apreciar a cada persona que había asistido sólo para verle. Los ojos celestes de la muchacha miraban en derredor, a sus espaldas, en un coche negro, la acompañaban sus padres y su hermano menor. Como dictaba su tradición, debía usar las joyas que cada una de las mujeres de la familia había llevado el día de su boda, incluyendo a su madre.

Sin embargo, había otros a los que no les emocionaba demasiado la presencia de los Lebedev, por ello era de esperar que comenzaran a escucharse insultos entre tantos aplausos. Los plebeyos corrían siguiendo el carruaje con ornamentos de oro, como fieras que vislumbraron un frágil ciervo en el bosque.

Yulia puso atención a un grupo de adolescentes que vociferaban maldiciones, miró de soslayo a Anastasia Koslova, la Teniente que encabezaba su guardia, la mujer castaña con uniforme rojo apagado sólo hizo un gesto para tranquilizarla. Mientras los campesinos comenzaban a buscar en sus bolsillos.

—¡Lebedev, comed mierda! —gritaron los muchachos con ropas andrajosas al mismo tiempo que lanzaban piedras hacia el carruaje.

Los caballos blancos piafaron ante la agresión, y una piedra se impactó contra la sien de Yulia. Ella frunció el ceño ante el dolor, se cubrió con los antebrazos para protegerse del ataque.

Por su parte, el grupo de muchachos continuaban su pequeña revuelta. Más no tardaron en ser sorprendidos por seis guardias, quienes de inmediato apuntaron a los cinco campesinos. Yulia sabía que nadie tenía la intención de disparar, no en medio de tantos nobles, porque si alguien de prestigio era asesinado o herido por una bala perdida, entonces la General Koslova tendría que explicar porque sus soldados no eran capaces de mantener el orden.

Y cuando la Teniente Anastacia Koslova, a lomos de su caballo gris se acercó a ellos, no hubo duda de que los vándalos regresarían a su miserable hogar.

Sin embargo, no los exentaba de nada. Los soldados recibieron la orden de arrestar a los muchachos, el mayor tendría quizá diecisiete años, y el más joven rondaba los trece, pero a la Guardia Roja Imperial no le importaba ese detalle cuando debían defender a sus gobernantes. Por lo que se apartaron de la multitud.

La conmoción por aquel incidente hizo que el desfile se detuviera, los murmullos estallaron como el bisbiseo de una colmena. Yulia giró sobre su asiento, siguiéndolos con la mirada, con el corazón estallando dentro del pecho. Por lo que pudo ver cuando los soldados propinaban golpes con la cantonera de sus armas al rostro de los muchachos, mientras que un par de ellos los amenazaban a la cabeza para que no se movieran de su lugar.

Al mismo tiempo el Teniente Coronel Sergei Koslov se acercó a ella a lomos del caballo negro de guerra, un joven castaño con ojos color miel, bastante atractivo y con porte dominante.

—¿Se encuentra bien, Alteza? —preguntó Sergei controlando a su corcel a la derecha del carruaje.

Pero Yulia no respondió, intentaba no perder de vista a los vándalos acorralados. Trataba que su temor no fuese tan evidente pues sabía que su padre la observaba desde el coche. Debía demostrar que era una verdadera Lebedev, y debía mantener la calma, debía ser un ejemplo, no podía tener miedo, no en ese momento.

—Est-toy bien—respondió ella por lo bajo, miró a Sergei.

Entonces escuchó el grito de un guardia, luego silencio. Y de inmediato resonó un disparo.

Ella no se atrevió apartar la mirada de Sergei, apretó los labios.

—Debemos continuar, Alteza—dijo Sergei Koslov.

Yulia asintió, se acomodó en el sillón de cuero rojo.

Más cuando el cochero hizo avanzar a los caballos blancos, la muchacha deslizó los dedos sobre la sien, la sangre escurría hasta su mejilla. Yulia empuñó la mano, suspiró y después levantó el rostro fingiendo que nada había sucedido.

El desfile continuó pese al inconveniente, pero ahora todos clavaban la mirada en la herida de la Gran Duquesa.

Por ello en cuanto llegaron al edificio rojo con cúpulas doradas, los guardias acudieron a ella, así como sus sirvientas. La condujeron hasta el pabellón negro provisional.

Capítulo 3

3

El preludio del deber

El golpe aun causaba molestia, había abierto un poco la piel cerca de la ceja izquierda. Vitaliy, su sirviente personal, era quien se dedicaba a limpiar la sangre con un algodón empapado en alcohol. Yulia se mantenía de pie mientras miraba con atención la estatua de sus hermanos a la derecha de la iglesia, una imagen que conmemoraba el fallecimiento de los gemelos Lebedev, no más que un mal recuerdo para ella.

Mientras que a sus espaldas los Emperadores discutían con la General Varinka Koslova por el incidente.

Y Gav, el niño de cabellos negros a su izquierda, observaba atento como intentaban frenar el sangrado en su sien. Gav tenía una peculiar mirada: el ojo derecho era azul, y el izquierdo era marrón, algo que se había presentado en fechas recientes y que parecía no tener explicación. Además, no había heredado los lunares de los Lebedev; uno debajo del ojo derecho, y el otro en el lado izquierdo del mentón, un rasgo que había perdurado en cada descendiente, excepto en él. El Gran Duque vestía una casaca militar adornada con algunas medallas en el pecho, como si imitara a su padre.

—Gracias, Vitaliy—interrumpió Evgenia Golubeva, deteniéndose a espaldas de Yulia.

—Alteza—respondió el anciano entregando el algodón a la Gran Duquesa, entonces se apartó.

La muchacha la miró de soslayo, y cuando volvió la vista tenía a su madre ante ella.

Evgenia Golubeva Lebedeva era una mujer castaña, aún era joven y con un rostro hermoso, y esa mañana estaba enfundada en un vestido rojo apagado de mangas largas y cuello alto que resaltaba el blanco de su piel. Los ojos violetas de su madre la inspeccionaron, perspicaz, en silencio.

—Todos dicen que es un mal presagio—musitó Evgenia con una voz hostil.

—D-deb-bimos imaginar que p-pasaría—respondió Yulia mientras cubría la herida con el algodón.

—No debió suceder, para eso está la Guardia Roja—masculló Evgenia mirando en derredor, entrelazó las manos.

—Haga algo al respecto, Koslova—masculló Oryol Lebedev acercándose a ellas.

—Sí, Majestad—dijo la mujer con cabellos castaños a espaldas del Emperador.

Y Evgenia suspiró esperando que su esposo llegara hasta su lugar.

Oryol era un hombre alto, fornido, de cabellos rubios perfectamente peinados, y con una dura mirada azul. No era demasiado viejo, sólo tenía treinta y ocho años, pero la barba bien peinada lo hacía parecer mayor.

Y cuando se volvió hacia Yulia, las medallas que llevaba en el pecho centellearon ante el sol pálido, daban testimonio de su admirable desempeño en el ejército.

Entonces el Emperador levantó el rostro de la muchacha con su dedo índice, la inspeccionó.

—¿Estás bien? —preguntó Oryol, tenía una voz pesada, algo rasposa.

Pero la muchacha sólo asintió.

—Perfecto, debes demostrar que nada doblega a un Lebedev. Este día es importante para todos, no puedes defraudarlos, ¿entendido? —Oryol arqueó una ceja.

—Sí—musitó Yulia.

—¿Sí qué? —preguntó Oryol en seco.

—Sí, M-majestad—respondió ella aclarando la voz.

Oryol asintió, exhaló.

Y en ese momento el carruaje blanco hizo presencia. Los caballos grises con la escolta cuya armadura lamelar dorada centelleaba bajo el sol, resguardaban al príncipe de Feinuo. El estandarte amarillo gobernado por la cabeza del panda con fauces abiertas, hondeaba a ante la caravana.

—Es hora—dijo Oryol y tomó la mano de su esposa.

Al mismo tiempo Evgenia instó a Gav a acercarse al inicio de la alfombra roja para recibir al príncipe. El pequeño asintió, miró a su hermana y cuando ella le sonrió, entonces bajó la escalinata.

Yulia tomó su lugar en el centro, bajo el pabellón, los Emperadores se detuvieron a ambos lados de la muchacha.

El carruaje blanco se detuvo.

Y Gav descansó sus manitos enguantadas sobre su espalda, exhaló para tranquilizar sus nervios.

Los soldados feinueses se formaron ante la puerta del transporte, enmarcando un camino seguro para su monarca.

Entonces el príncipe salió del carruaje.

Capítulo 4

4

Velas y un destino

Su nombre era Xiong mao Yun, perteneciente al clan de la provincia feinuista de Huo. Tenía ya treinta años, era demasiado alto, tenía la piel pálida y largos cabellos negros lacios que llegaban hasta sus caderas. Mientras caminaba por el sendero de guardias con alabardas, el hanfu plateado se agitaba con la brisa revuelta, la túnica con elegante brocado revoloteaba. Mantenía un rostro serio y una postura impecable. Un hombre vestido completamente de blanco y con máscara blanca caminaba a sus espaldas, resguardándolo, igualaba su estatura.

Yulia suspiró nerviosa cuando vio que el príncipe se detuvo ante Gav.

Mientras que el Gran Duque reverenció al hombre, quien lo miró por lo bajo con el rostro pétreo.

—Un rostro hosco—musitó Evgenia con disimulo.

—Tiene sangre de guerreros, no esperaría menos—respondió Oryol por lo bajo.

Pero la Gran Duquesa sólo guardó silencio, apretó los labios.

—Bienvenido, Alteza, los leones de Lyonya esperan por usted—dijo Gav en feinues, con cordialidad, reverenciando.

Más en ese momento Xiong mao Yun asintió y el niño giró sobre sus talones para guiarlo hasta su prometida.

Yulia respiraba por la boca, las manos le temblaban y sentía que las palabras se atorarían en su garganta, pero debía dar una buena impresión a Liev. Era una Lebedev, todos esperaban que fuese perfecta, sin embargo, en su mente deambulaban teorías de lo que pasaría si cometía algún error.

Cuando Xiong mao Yun se detuvo ante ellos, los reverenció. Clavó la mirada verde en Yulia, tenía un semblante noble que no aparentaba realmente su edad.

Pero para Yulia era difícil saber si ella era de su agrado, pues aquel

rostro serio no cambiaba.

—Alteza—dijo Xoing mao Yun con su marcado acento feinues.

Yulia asintió al reverenciarlo.

…

La Sacra Iglesia del Rubí tenía un ambiente frío. En lo alto estaba la bóveda de crucería con nervios minuciosamente labrados. Las ventanas dejaban caer la sombra de su armazón sobre la alfombra roja donde descansaban los asientos alargados de madera oscura.

Allí estaban los Emperadores.

Toda la Corte Antigua estaba presente, quienes serían testigos de la voluntad de Shura en esa fecha tan esperada.

La pareja caminaba por el amplio pasillo entre los asientos, desde los cuales todos los observaban.

Entre ese gentío, Yulia encontró al Asesor Directo de su padre, Igor Sokolov, ataviado entre un elegante frac negro, un hombre delgado con cabellos negros perfectamente peinados y rostro impecable. El príncipe Sokolov, sonrió en cuanto pasó frente a él. También estaban sus hijos; Andrey, un jovencito de diecisiete años con cabellos castaños, cuyo acompañante a su derecha era un muchacho pelirrojo, ella sabía que ese joven era un Cortesano alquilado por el príncipe, lo había visto en los eventos más exclusivos, ya no era extraño, recordaba perfectamente su nombre, Gorrie, sin apellidos, pero con una bella sonrisa cuando se daba la ocasión. Sin embargo, aquel que mantenía un rostro serio era el muchacho con cabellos azabache, Kiril, quien con tan sólo diecinueve años tenía ya una personalidad hosca y demandante.

Pero la muchacha apartó sus vagos pensamientos, volvió a mirar hacia adelante.

El canto profundo de los hombres los envolvía.

Ante los herederos que caminaban con tranquilidad, estaba Ruslam Vorobiov, el sacerdote enfundado en su mandya blanca ceremonial ante el león dorado con ojos de rubí que representaba a Shura.

Llegaron hasta el anciano de barba naciente. El coro guardó silencio. Yulia miró a su padre, luego a Xiong mao Yun. El príncipe evitó su mirada.

—Om tadi benestad. Sean todos bienvenidos—inició el sacerdote con mitra adornada con rubís e hilos de oro—. Shura nos ha permitido llegar a este día, en el que su voluntad se hará presente y el destino de nuestro Imperio se verá iluminado por aquellos elegidos para continuar esta travesía. Poneros de pie—ordenó y todos obedecieron, el coro comenzó a cantar de nuevo.

Un par de sacerdotes se acercaron para retirar la tapa de aquel cofre ante el león de oro. Usaron guantes para protegerse del oro caliente.

A medida que retiraban la tapa con capa bruñida, la luz del fuego comenzó a bañar el alrededor, hacía centellear los ornamentos dorados en el techo. Era el Fuego Sagrado de Shura.

Se creía que si ese fuego se apagaba entonces la desgracia caería sobre todo Lyonya y el caos no tendría fin.

Por lo que en cuanto las lenguas rojas comenzaron a asomarse entre el gran cofre, todos los presentes se arrodillaron mientras bajaban la mirada.

—Shura, padre defensor, recibimos tu presencia y rogamos que bendigas a estos jóvenes que se ofrecen a proteger tus santas tierras.

Entonces un muchachito con toga blanca se acercó al sacerdote, llevaba en las manos un cofre rojo con detalles dorados.

El sacerdote abrió el cofre y sacó dos velas rojas. Acto seguido se aproximó a los herederos. Se detuvo ante a Yulia, acercó la vela a su frente y comenzó a musitar en la Sagrada Voz de Shura mientras mantenía los ojos cerrados.

Después cedió la vela a la Gran Duquesa. Yulia la cogió y tras ponerla sobre su pecho dijo:

—Con humildad me presento…—exhaló nerviosa—, y b-bajo tu voluntad permanezco.

Después de ello, el sacerdote hizo lo mismo con el príncipe Xiong mao Yun.

A continuación, Yulia se acercó al fuego y encendió su vela. Seguidamente se detuvo frente al príncipe y tomándo la mano izquierda del hombre procedió a encender la vela que él tenía.

Las mujeres del coro comenzaron a entonar la melodía en la Sagrada Voz de Shura.

Xoing mao Yun miró a Yulia, ella observaba el fuego, pero en ese momento clavó los ojos en él Yun le ofreció una amable sonrisa seguido guiñó el ojo derecho, gesto que provocó que la muchacha se ruborizara.

Seguidamente los sacerdotes abrieron las ventanas, la brisa se comenzó a colar por el lugar. La pequeña flama de la vela se agitaba de vez en vez.

Todos los miraban atentos mientras las voces aumentaban su tono.

Pero en ese momento, cuando Yulia miró sus velas, las flamas se alargaron a la altura de sus ojos.

El coro cantaba por lo bajo.

—La voluntad de Shura se ha presentado, contemplad a los sucesores de la Corona Lyonyana—anunció el anciano al sostener un listón dorado.

Yulia lo miró de soslayo y observó que el sacerdote se acercaba a ellos con el listón en ambas manos.

Entonces el anciano se dedicó a atar la cinta alrededor de las velas.

—Larga vida a Yulia Aleksandra Oryolovna Lebedeva. Larga vida a Yun Xiong mao Lebedev de Huo, futuros Emperadores de Lyonya—dijo Ruslam y su voz resonó por la iglesia.

—Shura os proteja—respondieron en unísono.

Entonces la orquesta tomó su lugar y comenzó a entonar el himno del imperio, al mismo tiempo los jóvenes levantaron las velas aun encendidas, la cera cayó sobre la mano de Yulia, pero ella sólo apretó las muelas pues su padre la observaba mientras los presentes los vitoreaban.

Gav celebraba con entusiasmo, y Evgenia sólo aplaudía con delicadeza mientras una sonrisa se apoderaba de sus labios.

Sin embargo, algo se oprimía en el pecho de Yulia, tenía miedo de no ser lo que todos esperaban, temía decepcionar a su padre de nuevo, sabía que ahora debía tomar decisiones y esperaba que su juicio no fallara cuando hiciese falta.